

*Pintura Al Óleo.*

Tal vez todos pensaríamos que los bosques son el paraje más tranquilo que pueda existir, pero realmente no es del todo cierto. En la oscuridad de los mismos, se ocultan los más oscuros secretos, los temores se esconden en las penumbras del silencio, lugar donde tus más grandes miedos se hacen realidad, sitio en donde todos buscan un destino que jamás será encontrado.

Esta historia inicia en la hondura de un bosque cuya exactitud no es bien conocida.

Se dice que un grupo de cinco personas salió de excursión en busca de tener un momento de paz y tranquilidad, al menos alejarse por un momento de la monotonía de su vida diaria. Sin embargo, esta no fue su suerte, desgraciadamente se extraviaron y nunca se les volvió a ver, el viento susurra sus nombres, y la noche llena de viveza su recuerdo.

Si Sara no hubiese querido saber que los murmullos eran reales, otra hubiese sido su suerte.

Decidida, salió temprano de su casa sin seguridad alguna de si volvería o no. Caminó un largo trayecto sin encontrar rastro alguno de lo que realmente buscaba, poseída por la curiosidad, decidió no darse por vencida y continuar, no era momento para rendirse después de todo lo que ya había recorrido solamente para descubrir la verdad.

Después de caminar una considerable distancia sin descanso alguno, encontró lo que tanto buscaba, aunque su asombro fue inenarrable, la escena ante sus ojos era chocante y grotesca para cualquiera. Una brisa, acompañada por un escalofrío, erizó la piel de Sara, sus ojos empezaron a cristalizarse y a derramar pequeñas lágrimas que caían poco a poco en aquel césped chamuscado, perdió la noción del tiempo, tanto, que fue sorprendida por el brotar del lento amanecer entre las hojas del bosque, que iluminaba aquella terrible escena, los cuerpos sin vida de aquellos curiosos chicos, colgados de las ramas de un viejo roble. Sus mandíbulas

estaban caídas y donde había ojos, solo brotaba sangre. Cada colgado llevaba una túnica negra que les cubría todo el cuerpo, incluso sobrando tanta tela, que llegaba a rozar el suelo, menos el crucificado. Él, colgado en el medio del tronco del árbol, con sus extremidades extendidas y envueltas con cuerdas que le anclaban al árbol, parecía ser el que más había sufrido, por sus cortes y rasgaduras en la piel. Por todo su cuerpo desnudo, se encontraban marcados a fuego los nombres de las siguientes personas:

Manuel Vaquero. Pablo Cuevas. Verónica Vaquero. Jeremie Rioja.

Y aunque su propio nombre no aparecía marcado con sangre, Sara sabía de quién era el chico del centro.

La angustia que se albergaba en su pecho era tan grande que se regañó a sí misma por ser tan curiosa y haberla llevado a esa espantosa situación. Su cuerpo se paralizó ante aquel matadero y fue entonces cuando, uno de los cuerpos cayó desplomado, siendo completamente tapado por su túnica, y junto a él, los restantes, excepto el crucificado, que siguió enganchado al árbol.

Sara empezó a sentirse fatigada a la par que paralizada, sus respiraciones cada vez iban más rápido y su parpadeo aumentaba de velocidad, cuando de pronto, empezó un destello a cegarla, e hizo que se sintiera cada vez más débil, ella, cerró los ojos y se dejó caer junto a los cuerpos de sus amigos fallecidos. Y en un instante, dejó de sentirlo todo.

Su mente se despejó tras pasar su vida por delante. Y empezaba a flotar en un místico vacío luminoso. Abrió sus ojos, pero no había nada, solo ella.

Empezaron a brotar preguntas las cuales no sabía la respuesta, pero en cuanto recordó lo último que había hecho, la luminosidad del entorno se oscureció, y su mirada se perdió en sus recuerdos.

Las cartas de su trastero, escritas a su abuela por un desconocido, le revelaron su futuro, y lo que sería su destino.

Meses anteriores, cuando Sara se mudó a lo que sería su nuevo pueblo, una tarde reorganizando el trastero de su casa, encontró una caja de madera antigua, la cual abrió y halló muchas fotografías que no habían sido reveladas, cartas con diferentes fechas futuras, trozos de cuerdas cortados malamente y juguetes sucios y extraños. Sara abrió las cartas, y en ellas venían pequeñas hojas con pinturas al óleo, muchas de ellas con fechas escritas detrás de las pinturas de un futuro no muy lejano. Había una pintura que le resultó curiosa, y la cual se quedó en su habitación. Una pintura en blanco y negro de un gran árbol en mitad de un bosque, detrás de la pintura estaba escrito con lápiz el 17 de octubre del 1997, el día que ella murió...

Cuando se anunció la desaparición de Sara, la policía consiguió encontrar a cuatro de los cinco chicos desaparecidos tiempo antes de la desaparición de la chica, pero cada uno en un lugar distinto; Manuel apareció a las afueras del pueblo, sentado en una silla bajo un árbol, tal cual como había sido pintado en el óleo que encontraron en su bolsillo, pero sin estar él sentado. Pablo, fue encontrado en una pequeña barca aparcada en el río que cruzaba el pueblo, tal cual como estaba pintada en el óleo que encontraron en su bolsillo, pero sin él en la barca. Verónica, encontrada en el campanario de la iglesia del pueblo, justo como había sido pintado en el óleo que había en su bolsillo, pero sin ella allí. Y, por último, Jeremie descansaba sentada frente al cementerio, como en su óleo estaba pintado, pero sin él sentado.

En aquel pueblo corrió el rumor del óleo, y de la maldición que llevaba consigo, llegando incluso a prohibir su uso, y a maldecir e insultar al que lo hacía.

Nunca se volvió a ver ni al crucificado, ni a Sara, pero por la oscuridad del bosque aún se pueden escuchar sus susurros.

Sara abrió esa caja de pandora, y trajo la desgracia a ese pueblo, pero el Pintor de los Óleos dejó innumerables pinturas escondidas en todo el

pueblo, y solo era cuestión de tiempo, que esto saliera a la luz, para hacerla oscuridad.